

Atenea

**Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)**

Año XXIX

Marzo de 1952

Núm. 321

Puntos de vista

¿Es posible una patria de lengua castellana?

EN un perímetro geográfico gigantesco, veintiuno son los pueblos que hablan español: Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala, México, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Filipinas (en que se habla parcialmente), España y sus provincias de ultramar, lo que hace un total de ciento veinticinco millones de habitantes que, según las estadísticas, tienen un fuerte crecimiento vegetativo de población y un gran desarrollo tanto cultural como de orden material.

En suma, tenemos veintiún pueblos de habla castellana con ciento veinticinco millones de almas, ciudades hermosísimas, y una gran riqueza; sin embargo, la situación tanto social como económica de los escritores que laboran, estéticamente, para este inmenso conglomerado humano, las más de las veces es oscura e, incluso, llega a ser hasta paupérrima.

Si se observa, con más detenimiento, esta situación absurda, tenemos que, a partir de la separación de Iberoamérica de España, a principios del siglo XIX, se han venido desarrollando dos fenómenos contrarios y que, a la postre, han resultado fatales: de un lado el creciente nacionalismo de las nuevas repúblicas y, asimismo, el de España, después de su desgraciado conflicto con Estados Unidos, en virtud del cual se replegó sobre sí misma, hacia su siglo de oro cultural, dando la generación del 98, que tomó, en más de un aspecto, el tema vernaculista: Juan Ramón Jiménez cantando, verbigracia, sus aldeas andaluzas en su delicioso libro "Platero y Yo"; del otro lado, el natural desenvolvimiento de los siglos XIX y XX, en cuanto a desarrollo de las comunicaciones y progresos técnicos, ha sido fantástico; sin embargo, este desarrollo, en virtud del mal virus nacionalista y aislacionista, ha sido anulado o utilizado sólo en ínfima escala.

Ante las restricciones para que los libros puedan circular de un país a otro, encarecimiento artificial del papel, impuestos, derechos consulares, trámites engorrosos e interminables, aduanas, inspectores, etc., ya no son pocos, por fortuna, los escritores que tanto en América como en España se preguntan si no ha llegado ya la hora de reformar los espíritus, eliminar de las conciencias el mal nacionalismo aislacionista, para que éstas puedan utilizar la técnica contemporánea y los nuevos medios de transporte (aviación, por ejemplo), al servicio de la cultura y el libro, a fin de crear una

verdadera patria de los hombres de lengua castellana, a través de los veintiún pueblos citados y, como ya vimos, dotados de ciento veinticinco millones de habitantes. Nosotros decimos una patria, para hablar en términos espirituales y de confraternidad. El sociólogo o el comerciante, encantados, a su vez, hablarán de un formidable poder comprador de libros, de un gran mercado de consumo, etc.

Pero, ¿cómo crear esta patria de la lengua castellana, si el mal nacionalismo sigue, cada día, su curso ascendente y negativo? ¿Cómo volver a los entendimientos por el camino de la cordura y la buena voluntad?

En 1952 no resulta exagerado decir que el mal nacionalismo, insensiblemente, ha ido dando, a no pocos aspectos de la vida cultural de los pueblos de habla castellana, un cariz aldeano, al desvincularla de su todo natural, de una vida de vasos comunicantes, en lo espiritual, a través de los veintiún pueblos. Y así tenemos al crítico que sólo comenta libros de su país de origen; al editor que sólo edita estos libros; al diario que sólo acepta colaboraciones del ciudadano que vive en la ciudad donde se imprime.

Por ejemplo, hoy, los distinguidos críticos españoles Dámaso Alonso, Guillermo Díaz Plaja, Federico Carlos Sainz de Robles, Gerardo Diego y muchos otros, pareciese que aun no están en situación de darse cuenta del inocente daño que han causado al limitar sus investigaciones estéticas a la sola península ibé-

rica. Por excepción, Agustín del Saz, en Barcelona y, algún otro, ha seguido la buena tradición de los modernistas, la gran tradición internacionalista de los mismos.

Sería fácil forjar esta patria de los hombres de habla castellana, si estos críticos, algunos editores, algunos libreros, algunos dirigentes de sociedades de escritores de los veintitien pueblos, y algunos rectores de universidades, quisieran reunirse en un pequeño congreso internacional y echar las bases de un nuevo mundo unido para las letras de habla castellana.

En suma, la consigna sería muy simple: Por una Patria de los Hombres de Lengua Castellana, contra la Aldea o la semialdea en que hoy estamos vegetando, con sólo algunas escasas e ilustres excepciones, pues no podemos olvidar que en Madrid, en fecha reciente, han sido publicadas no pocas obras completas de varios escritores de América.